

lo que sería de mí! ¡El es tan soberbio! ¿Pero, usted no le dirá nada si llega a verlo, verdad? ¡Prometame que no, que no le hará nada!...

MEDINA.—¡Pero, calmesé, señora!... Si yo no ando buscando de matar a nadie. Si yo no soy un criminal.

SARA.—¡Oh, gracias, Medina! A mí ya me habían hablado de usted. ¡Ya me habían dicho que usted era un hombre!

MEDINA.—Y que no hubiera llegado a ser con un alma compañera como la suya! ¡Si así hubiera sabido querer esa malvada!... ¡Pero que había de quererme a mí!... ¡Si lo único que aprendió fué a mentir, a traicionar y a reirse de mí toda la vida!

SARA.—¿Y usted... usted la quería mucho, verdad?...

MEDINA.—Porque no lo merecía. Porque así es siempre de infeliz el corazón del hombre. Cuanto más se nos niega una cosa, nos obstinamos más en perseguirla. ¡Ah! pero quisiera tenerla delante de mis ojos pa devolverle en un momento todo lo que me ha hecho padecer con su traición. (*Oye en esto la jaraña interior, entre la que se destaca la risa de Sofía*). ¡Ella! ¡que es eso! ¡su risa!

SARA.—¡Dios mío!

MEDINA.—¡¡Ella!!

SARA.—¡¡El!!

MEDINA.—¡Y sigue riendo!... ¡Ya no te has de reir, canalla! (*Se introduce en el comedor. Gritos dentro*).

SARA.—¡No; Medina!

*Dichos, don Bautista, Pepin, doña Antonia, Olavarría, Camoirano, Colombo, Solari, Sofía, la Rubia, Juanita*

BAUTISTA.—(*Saliendo asustado*). ¡Olavarría! ¡Olavarría!... (*A Pepin, que sale del comedor como una bala*). ¡Llama al viquillante!... (*Aparecen por la izquierda, Olavarría y doña Antonia, armados. Pepin se va por el foro*).

MEDINA.—(*Sacando a Sofía del comedor, asida por un brazo*). ¡Que vengas para acá, te he dicho!

SOFIA.—¡No, Medina; por favor! (*Sale Camoirano, seguido de Colombo, Solari, la Rubia y Juanita. Gran desorden*).

CAMOIRANO.—Pero que es esto, compañero. ¿Dónde va con esos humos?

MEDINA.—Discúlpeme, mi amigo. Tengo necesidad de hablar con esta mujer a solas.

CAMOIRANO.—Es que esta mujer está con un hombre y el que la saque de mi lao, no sólo se ha de saber acomodarse, sino aguantarse en la parada...

MEDINA.—No se apure, mi amigo. Si en cuanto me desocupe estoy dispuesto a contestarle a usted del modo que más le agrade.

CAMOIRANO.—¡Es que a mi me vas a contestar ya mismo, só pedazo e zonzo, antes que te de vuelta la cara de un sopapo! (*Le aplica una bofetada en plena cara. Medina lo va a embestir y Olavarría lo detiene. Los demás sujetan a Camoirano. Don Bautista se asusta y las mujeres gritan*).

EL CABO.—(*Por el foro, seguido de Pepin*). ¿Qué es lo que pasa aquí?

CAMOIRANO.—Ese sujeto que nos ha venido a provocar a mano armada...

SARA.—¡No; eso no es cierto, agente!...

CAMOIRANO.—¡Usted se calla la boca!... Y paseló, Cabo, bajo mi responsabilidad.

COLOMBO.—Paseló, Cabo, y dígale no más al Comisario que ya vamos a comparecer nosotros. (*El Cabo prende a Medina*).

MEDINA.—¡Está bien! Pero no me atropelle, señor; si yo no voy a resistirme. (*Al llegar a la puerta del foro, se detiene y volviéndose hacia Sofía, dice, en tono reconcentrado y hondo*). ¡Que bien defendida estás! ¡Te felicito!